

## RESEÑA DE LIBROS

Manuel Ruiz Figueroa (coord.), *El islam y Occidente desde América Latina*, México, El Colegio de México, 2007, 319 pp.

Este libro aborda una serie de temas que por lo general los medios de comunicación suelen presentar de forma distorsionada o, en el mejor de los casos, un tanto apresurada y sobre los cuales existe una amplia bibliografía, sobre todo en otros idiomas, aunque poco en español. ¿Qué encontramos aquí? Entre otras cosas, un conjunto de reflexiones y puntos de vista de algunos estudiosos, sobre todo mexicanos, dedicados al estudio del Medio Oriente que abordan, unos más que otros, la compleja cuestión de las relaciones islam-Occidente.

Cuando uno piensa en dicha relación la primera idea que se le viene a la mente es la polémica tesis del choque de civilizaciones de Samuel Huntington que, por cierto, no es nada nueva, forma parte de toda una tradición intelectual que es producto de las pasiones y de los prejuicios resultantes de la historia y de la cultura. Siglos de confrontación entre el islam y la cristiandad, que no excluyen periodos de intercambios culturales muy fructíferos, explican este fenómeno. De ahí que el islam, en muchos sentidos ligado a la tradición judeocristiana y a la historia de Europa y la cristiandad —aspecto que se aborda en varios ensayos, particularmente en los dos primeros—, se considere a veces como algo ajeno, hostil e incomprensible.

Como muy bien lo señalara Edward Said en su obra *Orientalismo*, que por cierto no se menciona en esta obra aunque sí sus ideas, “Oriente” y “Occidente” no son realidades absolutas ni estáticas. Son construcciones ideológicas, una percepción del “otro” desde un “nosotros” donde cada uno recrea a ese otro de diferentes maneras. Así como “Occidente” ha creado al “Oriente” que le convenía al orientalizarlo, así también el “Oriente”, que se siente totalmente subyugado y explotado por aquel, ha creado imágenes estereotipadas sobre “Occidente”. Esta relación dialéctica, refrendada tanto por la geografía como por la historia

y la cultura ha estado marcada desde la antigüedad por la ambivalencia, en una relación de atracción-repulsión, de amor-odio, pero inevitablemente establecida en términos de confrontación.

Ahora bien, ¿son el islam y Occidente tal y como señalan los estereotipos? ¿En qué medida los factores culturales son un referente importante para explicar los conflictos actuales? ¿Cómo entender la difícil cuestión del papel de la religión como realidad y como pretexto? ¿Qué otro tipo de factores deben tomarse en cuenta para explicar esta relación? ¿Cuál sería una alternativa viable para aminorar las tensiones y generar una verdadera coexistencia pacífica islam-Occidente? Sin duda se trata de asuntos aún no resueltos y sujetos a muy diversas lecturas, así como un reto para cualquier investigador. De ahí la importancia de un libro como éste.

Como suele suceder con toda obra que reúne a diversos especialistas, los estudios aquí presentados poseen un nivel heterogéneo en cuanto a su rigor, profundidad y análisis crítico. Y aunque el título del libro no parece el más afortunado, dado que la mayoría de los autores son mexicanos y no se incluyen a otros especialistas de América Latina dedicados a este tema, creo que es altamente meritorio el esfuerzo por tratar de reflexionar sobre un conjunto de temas de gran relevancia y actualidad y que hasta ahora han sido insuficientemente estudiados tanto en México como en América Latina. A continuación, paso a revisar, a vuelo de pájaro, el contenido del mismo.

En el primer estudio, Manuel Ruiz Figueroa aborda la historia de las relaciones entre el islam y la cristiandad desde los inicios del islam, centrándose principalmente en las relaciones de conflicto y de cooperación. Su punto de partida es que todas las sociedades humanas han atravesado por periodos de guerra y confrontación y que “la cristiandad no ha sido el único vecino, la única preocupación ni el único desafío para el islam” (p. 13) y que “los conflictos internos entre los países musulmanes tuvieron un mayor impacto que los tenidos con Occidente”. Y aclara que ya desde la antigüedad se dio una especie de “protocolo civilizatorio” entre griegos y persas, romanos y partos. El autor se pregunta si hubo un cambio con la llegada del islam y afirma que no fue así. Igualmente, se cuestiona si existe una incompatibilidad entre el islam —“un enemigo mal conoci-

do”— y el cristianismo, la cual descarta debido a que sus creencias son las mismas, a pesar de que el islam desarrolló una concepción de Dios y del hombre diferentes, así como una trayectoria histórica “orientada más a este mundo que al del más allá” (p. 15), convirtiéndose desde entonces en una religión victoriosa, que a través de sus conquistas militares logró hacerse de un inmenso imperio y que a fin de extender sus dominios estuvo dispuesta a “cualquier compromiso temporal, sin perder de vista sus objetivos últimos” (p. 21), una tesis largamente asumida por la escuela orientalista clásica y la cual es objeto de un amplio debate.

Esto explica las estrechas relaciones establecidas entre Europa y el mundo islámico, entre ellas las que se dieron entre Carlomagno y Harún al Rashid, una relación variada y multifacética que, sin embargo, habría de deteriorarse tras la reconquista, la Inquisición y las Cruzadas, por no hablar de la dominación colonial sobre gran parte del mundo musulmán y más adelante por las políticas occidentales hacia esta región. En suma, “una historia de relaciones que hasta hoy siguen siendo complicadas, pero que deben valorarse dentro de su propio contexto sociorreligioso” (p. 37), y yo añadiría que también desde un punto de vista económico, geopolítico y estratégico.

El segundo estudio, de Elizabeth Peña Velasco, aborda los diversos encuentros y desencuentros que a lo largo de 14 siglos han marcado las relaciones entre el islam y Occidente, así como las diversas percepciones existentes entre ambas civilizaciones, muchas de ellas “producto de un desconocimiento mutuo, la simplificación de sus realidades y la constante presencia de estereotipos, imágenes y prejuicios de ambas partes” (p. 40). Que la percepción del mundo islámico en Occidente en los últimos 20 años ha estado profundamente asociada al fenómeno del islam político, pero que es importante distinguir entre el islam, como sistema de creencias y formas de culto, y el islamismo, “movimiento contemporáneo que considera al islam como su ideología política y como el vehículo que permitirá acceder a mejores condiciones de vida para las sociedades musulmanas” (p. 47). Que la percepción existente en el mundo musulmán sobre Occidente ha estado en gran parte marcada por las Cruzadas, la invasión napoleónica de

Egipto, la colonización europea y la imposición de la modernidad occidental, hechos que, de acuerdo con la autora, y a pesar de que existan “muchos tipos de islam” (p. 41), reforzaron en la conciencia musulmana una noción de desconfianza y sospecha hacia los países occidentales y que “han sido explotados por los grupos islamistas y compartidos por diversos sectores de las sociedades musulmanas” (p. 40).

Subraya con acierto que la modernización en el Oriente musulmán no fue un proceso natural sino una modernización defensiva y engañosa y un sinónimo de occidentalización (p. 44), la cual se reflejó en tres grandes tendencias: 1) de asimilación de la cultura y de los valores occidentales; 2) de resurgimiento cultural, y 3) de rechazo a todo lo occidental.

Concluye su artículo preguntándose ¿cómo puede el mundo musulmán adaptarse sin quedar aislado? Una respuesta que da la autora, y la cual comparto, es la reorganización de sus instituciones políticas y económicas y la reinterpretación de sus valores y tradiciones —desde luego una tarea nada fácil— a fin de establecer un diálogo más efectivo con Occidente.

El objetivo central del artículo de Gabriela Sánchez Carmona es la posibilidad de aplicar los derechos humanos universales en países pertenecientes a otras culturas, cuyas normas y tradiciones difieren de las del “mundo occidental”. De manera que aborda el debate entre la universalidad de estos derechos frente a la diversidad cultural. Al respecto, y tomando como ejemplo al mundo islámico, la autora nos menciona tres posturas: 1) que el ejercicio de los derechos humanos es compatible con el islam; 2) que éstos son incompatibles, y 3) que éstos pueden ser aplicados en el contexto de la ley islámica.

Luego de pasar revista a la concepción de los derechos humanos en Occidente —a partir de la ley natural y la positiva— y los del islam —basados en una selección de textos y de autores que a su criterio son básicos y que reflejan diversas concepciones e ideas sobre este tema—, la autora sostiene que, en parte, las diferencias son de tipo religioso (p. 79), ya que algunos principios de la shari‘ah no concuerdan con la Declaración Universal de los Derechos Humanos, sobre todo en lo que se refiere al *status* de las mujeres y de las minorías religiosas, pero no por ello se puede afirmar “que el islam y los derechos hu-

manos que promueven las leyes internacionales son incompatibles” (p. 83).

El islam en sí mismo no es un obstáculo para la protección de los derechos humanos, ya que muchas de estas contradicciones se deben más a la manera en que los gobiernos manipulan el islam para alcanzar sus propios intereses, así como a prácticas culturales que suelen ser relacionadas con principios islámicos pero que en realidad tienen otros orígenes, como es el caso de la mutilación femenina. En suma, la autora considera que el islam, en cuanto código de vida ético, moral y religioso, es flexible para adoptar los estándares internacionales de derechos humanos, siempre y cuando se haga una reinterpretación adecuada de sus fuentes y una reforma drástica de la sharíʿah (p. 95).

Por su parte, Luis Mesa del Monte, en un interesante ensayo titulado *Estrategias complementarias: el fortalecimiento del esquema militar y la conquista de las mentes*, nos recuerda cómo el fin de la Guerra Fría y los atentados del 11 de septiembre sirvieron para reforzar el tradicional activismo estadounidense en áreas de elevado interés económico y geoestratégico, y propiciaron una nueva arquitectura de defensa —en gran parte basada e impulsada por el desarrollo tecnológico— a fin de reorganizar su presencia global y para enfrentar nuevos retos y desafíos (p. 121).

Subraya, con acierto, que a pesar de la gran presencia en la actual administración republicana de altas figuras comprometidas con el sector de energéticos y con el llamado complejo militar industrial, “su interés en el acceso y control de tales recursos sobrepasan por mucho la coyuntura y puede ser visto como un imperativo de carácter sistémico” (p. 119). Que desde hace más de medio siglo la estrategia estadounidense ha venido avanzando en la construcción de un marco militar para la zona del Medio Oriente, en particular en el Golfo Pérsico —desde las doctrinas Truman y Eisenhower, a la doctrina Nixon y la de Carter, con la creación de las Fuerzas de Despliegue Rápido en 1981 y el establecimiento, dos años después, del Comando Central de Estados Unidos.

Que dicha estrategia ha contribuido a generar rechazos en múltiples espacios internacionales, pero especialmente en el

Medio Oriente, debido a su “tradicional comportamiento dual en la zona y su respaldo constante a Israel (...) su no compromiso con el proceso negociador, y la imposición de un *casus belli* injustificado en el caso iraquí” (pp. 158-159), lo cual ha afectado su imagen y credibilidad. Debido a ello, Washington ha intentado nuevas estrategias para modificar su imagen. Entre ellas, la iniciativa del *Medio Oriente Ampliado* y diversos estudios que han buscado hacer una síntesis de los principales problemas a los que se ha enfrentado la Casa Blanca y que brindan diversas propuestas como las contenidas en el documento *Changing Minds Winning Peace* de octubre de 2003, el cual es abordado en profundidad por el autor, señalando sus alcances y limitaciones.

A fin de cuentas, nos dice Mesa Delmonte —y yo concuerdo con él—: “a pesar de las nuevas propuestas estadounidenses tanto en su diplomacia pública como a través de nuevas plataformas para la transformación política, económica y social del Gran Medio Oriente (...) la incredulidad y el rechazo en estos países son elevados” (p. 159).

Con un sugestivo título, *Turquía y Europa: el espejo tiene dos caras*, Erika Ruiz Sandoval y Eduardo Soler i Lecha hacen una revisión histórica de las relaciones entre Turquía y Europa, destacando sus encuentros y desencuentros —desde las reformas del Tanzimat en el siglo XIX a las políticas secularizadoras de Atatürk, pasando por las transformaciones operadas en Turquía, durante y después de la Guerra Fría, y los ataques del 11 de septiembre y la guerra contra Iraq. Todo ello como marco para entender “el *status* de las relaciones eurotúrcas tras la decisión europea de diciembre de 2004 y de octubre de 2005 de dar luz verde a las negociaciones de adhesión de este país a la Unión Europea” (p. 162), las cuales enfrentan numerosos obstáculos, pero adquieren una gran relevancia a la luz de las pasadas elecciones turcas de julio de 2007.

Sostienen que Turquía y Europa mantienen una relación especial y ambivalente, que bien podría describirse como una historia de “amor-odio”, debido a los múltiples vínculos que los unen pero también los apartan. Subrayan con acierto que “Turquía supone para Europa un reto que le obliga a cuestionarse sobre sí misma”, al igual que Europa para Turquía, la cual es

“un factor de definición política, económica, social y cultural” (p. 161).

Que para algunas voces europeas, Turquía es “el otro”, el que no es Europa, no sólo por la geografía o por no contar con sólidas bases democráticas, sino porque consideran que Europa es una suerte de “club cristiano” en el que Turquía no tiene acomodo por no compartir los mismos principios religiosos; una posición desde luego racista e insostenible dado que “Europa es hoy, más que nunca antes, un mosaico de culturas y religiones (...) y sus poblaciones son más diversas, producto de las migraciones del último cuarto de siglo” (p. 180), y yo agregaría porque el islam forma parte de la historia de Europa.

Comparto con ellos que, como aliado de la OTAN y Estado secular con población musulmana, Turquía es un país de gran importancia política y estratégica no sólo para Estados Unidos sino para Europa, y su ingreso a la Unión Europea le permitiría ser un mejor interlocutor del mundo islámico. A fin de cuentas, concluyen los autores, “no puede pedirse a Turquía lo que no se le ha pedido a otros”, como tampoco la candidatura turca a la Unión Europea debe basarse “en la posibilidad de que se convierta en un ejemplo o un modelo de ‘islamismo democrático’ para que Medio Oriente tome nota” (p. 193).

Otro tema que no podía faltar en una obra como ésta es, desde luego, el conflicto árabe-israelí, que continua siendo uno de los más complejos y de difícil resolución, y que de acuerdo con Roberto Marín, autor del ensayo al respecto, “es básico para comprender los atentados del 11 de septiembre y sus consecuencias regionales y mundiales” (p. 195).

Luego de pasar revista a la ocupación militar israelí de Cisjordania y Gaza, a partir de la Guerra de los Seis Días de 1967 hasta la Declaración de Principios de 1993 y los tratados posteriores, todo ello a fin de comprender lo que ha significado la ocupación israelí para los palestinos, entre ellas el control de las fuentes de agua potable y de la energía eléctrica, la destrucción y confiscación de sus tierras y los obstáculos al comercio y al desarrollo industrial —y yo agregaría, el incremento de las colonias y colonos judíos durante todo este proceso, aspecto que poco se menciona en este ensayo—, el autor se pregunta el

porqué de “las acciones violentas” de los palestinos (p. 203), las cuales equipara al “terrorismo de Estado” ejercido por Israel. Aunque concuerdo con el autor en que la violencia política ejercida por ambas partes, sobre todo contra civiles inocentes de ambos lados, es condenable, no hay que olvidar que existen grandes diferencias entre ellas, ya que se trata de dos conjuntos en nada comparables y equiparables: una potencia ocupante y una población ocupada carente de Estado, y cuyo poder de fuego frente al inmenso poderío militar del Estado israelí es prácticamente virtual.

Marín pone énfasis en las repercusiones que sobre este conflicto tuvieron los atentados del 11 de septiembre. Subraya acertadamente que éstos fueron utilizados convenientemente por Ariel Sharon de manera ventajosa, como pretexto para lanzar una gran ofensiva sobre la Autoridad Nacional Palestina al frente de Yasser Arafat, basándose en la llamada Guerra contra el Terrorismo que en vez de frenar la violencia habría de dispararla, lo que a su vez justificó la reocupación por parte de Israel de los territorios palestinos en octubre de 2001.

De acuerdo con el autor, “la alternativa secular y de negociación que tienen en la actualidad los palestinos contrasta enormemente con los planteamientos más radicales, intolerantes e intransigentes de los grupos fundamentalistas” (p. 243). “Los miembros de Hamas y del Jihad Islámico son los más violentos y partidarios de las acciones terroristas contra objetivos civiles israelíes” (p. 244), y “han planteado un rompimiento total contra Israel y contra la OLP. Proponen en cambio la liberación total de Palestina, no sólo de una parte como aceptan los líderes seculares de la OLP, sino de toda Palestina...” (p. 243).

No comparto de manera plena estos planteamientos. Más bien creo que aquí habría que distinguir entre Hamas y el Jihad Islámico, a partir de un análisis más profundo y equilibrado sobre ambas organizaciones, ya que Hamas ha sido sobre todo una organización eminentemente pragmática y ha modificado muchos de sus postulados ideológicos. Gracias a ello ostenta una gran popularidad entre amplios sectores de la población palestina, lo cual le permitió hacerse del poder en las elecciones parlamentarias de principios del año 2006, consideradas por diversos analistas como las elecciones más democráticas del



Medio Oriente, a pesar de las luchas fratricidas que actualmente libra contra Fatah, asunto no contemplado en el ensayo de Marín dado que fue escrito, tal como la mayoría de los estudios contenidos en este libro, en 2004, antes de la muerte de Yasser Arafat.

Otro de los estudios contenidos en este libro, el de Alejandra Galindo, aborda los múltiples retos que ha enfrentado la monarquía saudita a raíz de varias crisis internacionales, entre ellas la invasión iraquí de Kuwait y la ofensiva militar estadounidense contra el régimen de Bagdad; los atentados del 11 de septiembre y las ofensivas militares de Estados Unidos contra Afganistán e Iraq, que según la autora, y yo concuerdo con ella, han provocado el surgimiento de una serie de críticas y autorreflexión de la sociedad saudita, sobre todo en lo que toca a su relación con “Occidente” así como el papel de la religión en la sociedad, expresadas en diversos discursos (p. 261).

Primero aborda el surgimiento del Estado saudí así como los principios sobre los que se construyó —el wahhabismo— a fin de entender el papel jugado por la religión en la creación y legitimación del reino y las múltiples tensiones derivadas de ella, en particular frente a otros grupos sociales que responden a esas mismas formas de legitimación y al proceso de modernización. En un segundo momento analiza las percepciones que estos grupos tienen de “Occidente”: 1) los ulemas “tradicionalistas”, defensores de los valores tradicionales y que se oponen a cambios en la sociedad; 2) los “reformistas”, ulemas más jóvenes y con estudios de posgrado, que se muestran a favor de la introducción de cambios en la sociedad y quienes encabezan los movimientos opositores en los noventa, y 3) lo que ella llama “la juventud del Jihad” es decir, los ulema relacionados con Al Qaeda, que están “en contra de lo occidental y se avocan [sic] a la reiteración de la guerra santa para defender la península Árabe de los cruzados estadounidenses y judíos” (pp. 279-280).

Nada resume mejor este ensayo que el último apartado, *Entre la tradición, la modernización y el Jihad*, en el que Alejandra Galindo, luego de pasar revista a las tres tendencias del discurso político y religioso que imperan en Arabia Saudita, todas ellas basadas en los principios wahhabitas, destaca sus di-

ferencias, las cuales tienen que ver más en lo que toca “a los medios y alcances de sus objetivos” (p. 285).

Comparto con la autora que el dilema principal de Arabia Saudita no es tanto su inserción en el proceso de globalización sino “cómo compaginar las demandas de los diferentes grupos sin perder el apoyo de los ulemas oficiales y sin radicalizar las posturas de los grupos reformistas y principalmente de los jihadistas” (p. 285), tesis fehacientemente demostrada a raíz de los ataques perpetrados por “islamistas extremos” contra blancos occidentales en el reino, lo cual ha postergado una mayor apertura. A final de cuentas, concluye Alejandra Galindo: “Cualquiera que sea el camino a tomar, el gobierno enfrenta a una sociedad más demandante y más organizada que cuestiona y reclama una identidad propia frente al proceso de globalización” (p. 286).

Finalmente, en el último ensayo de este libro, Zidane Zeraoui se enfoca al análisis del dilema kurdo y su derecho a la autodeterminación, dentro de un contexto marcado por las exigencias estratégicas regionales surgidas a raíz de la invasión y ocupación estadounidense de Iraq. Luego de pasar revista a la problemática kurda, una nación milenaria de más de 25 millones de habitantes pero dividida a lo largo de varios estados, así como los múltiples obstáculos que hasta ahora le han impedido contar con un Estado propio, destaca acertadamente cómo el derrumbe del Estado laico iraquí, tras la invasión estadounidense, agudizó las divisiones interétnicas e interreligiosas existentes en dicho país, que durante décadas habían tratado de ser eliminadas, tanto por la monarquía como por los gobiernos seculares de Iraq, en un intento por reforzar la conciencia nacional más que la pertenencia étnica o religiosa (p. 290).

A pesar de las promesas de Washington a los kurdos, y los múltiples intentos estadounidenses dirigidos a dividir geográfica, étnica y religiosamente al país, la situación posbélica en Iraq se hará —tal como sucedió en el pasado— a costa de ellos, ya que sus vecinos, sobre todo Turquía e Irán, no estarían dispuestos a adoptar soluciones que afecten sus intereses nacionales (p. 291), un presupuesto fehacientemente demostrado tras las recientes incursiones del ejército turco en el norte de Iraq contra las milicias del Partido de los Trabajadores Kurdos

(PKK). De ahí que “el sueño kurdo de una entidad independiente”, esté lejos de concretarse, ya que “ha sido sacrificado frente a las necesidades estratégicas estadounidenses de la lucha contra el terrorismo y los temores regionales” (p. 313).

Para concluir, quisiera señalar que este libro, pese a las observaciones señaladas anteriormente —que desde luego no ponen en duda el gran esfuerzo realizado— tiene el gran mérito de abrir un abanico de temas poco conocidos para un público ávido de incursionar en otras realidades y en un mundo aparentemente distante, pero más cercano de lo que se piensa, y sobre el cual se han elaborado una serie de distorsiones, basadas más en los prejuicios que en un conocimiento riguroso y equilibrado. Por eso lo recomiendo ampliamente.

MARÍA DE LOURDES SIERRA KOBEH  
*Centro de Relaciones Internacionales*  
*Facultad de Ciencias Políticas y Sociales*  
*Universidad Nacional Autónoma de México*

Ruiz Figueroa, Manuel (coord.), *El islam y Occidente desde América Latina*, México, El Colegio de México, 2007, 319 pp.

El islam es hoy una tendencia ideológica (política y religiosa) conmovida por rápidas y bruscas mudanzas. Representa un reto no sólo para Occidente (Estados Unidos, Europa, Rusia y algunas porciones de América Latina, Asia y África que han incorporado al menos fragmentariamente la modernidad secular) sino para el conjunto de países que culturalmente fueron modelados por los mensajes de Mahoma. *Reto* no implica necesariamente enfrentamiento, y de ningún modo “un choque de civilizaciones”. Apunta más bien a la imperativa necesidad de *redefinir* postulados y prácticas debido a los desiguales avances de las tecnologías y de la globalización.

De ahí la importancia de evaluar las múltiples variedades y peripecias de la cultura musulmana contemporánea cuando, después de procesos de relativa descolonización, debe encarar la redefinición de su identidad. Un tema que fue obsesivo en las